



LA IGLESIA EN LOS MENSAJES DE PABLO VI CON OCASION DE LAS VISITAS "AD LIMINA APOSTOLORUM"

JOSE MORALES

S U M A R I O

I. OBSERVACIONES PRELIMINARES. — II. PRESUPUESTOS. — III. LOS TEMAS CENTRALES. 1. *Lo específicamente cristiano.* — Falsas adaptaciones. — Culturas y Evangelio. — Criterios de identidad cristiana. — 2. *La Evangelización.* — La Catequesis. — Religiosidad popular. — 3. *La libertad de la Iglesia.* — 4. *La figura y papel del obispo diocesano.* — Custodia de la Fe. — Renovación personal. — 5. *Los sacerdotes en la Iglesia.* — IV. A MODO DE CONCLUSION.

I. OBSERVACIONES PRELIMINARES

Este trabajo se sitúa entre el comentario y la crónica. Desea presentar las ideas rectoras de los mensajes papales a los obispos que han visitado Roma desde noviembre de 1976 hasta finales de 1977, con motivo de la peregrinación *ad limina Apostolorum* *. Esta visita prescrita por el derecho de

* Se han usado los textos de las *Alocuciones* a 24 grupos de Obispos, que se citan con las siglas siguientes:

AFR	Obispos Africanos en el Vº Sínodo (28.X.77), <i>DC</i> , 74 (1977) 951-952.
ALE	Alemania Este (29.IX.77), <i>DC</i> , 74 (1977) 956-958.
AUS	Austria (12.IX.77), <i>DC</i> , 74 (1977) 955-956.
BAV	Baviera (13.X.77), <i>DC</i> , 74 (1977) 959-960.
BEL	Bélgica (12.III.77), <i>Ecclesia</i> , 37 (1977) 433-435.



la Iglesia se refiere, como es bien sabido, a la costumbre episcopal de acudir periódicamente a la Urbe, para venerar las tumbas de los Apóstoles Pedro y Pablo, e informar al Romano Pontífice acerca del estado de las diócesis.

La visita es ocasión muy apta para que el Papa manifieste a los obispos sus pensamientos, juicios y deseos acerca del presente y futuro de las diócesis que rigen. Así lo ha hecho Pablo VI. Pero en sus palabras no ha proporcionado solamente una orientación a Iglesias locales determinadas. Ha trazado también una pintura de la situación de la Iglesia universal tal como la contempla desde el lugar único, de responsabilidad y de observación, que ocupa. Los mensajes dan razón cumplida de cómo ve el Papa a la Iglesia en estos momentos. Se trata como es lógico de una visión elaborada en base a una amplia información y un acopio laborioso de datos. Se enriquece sobre todo con el discernimiento que el supremo oficio pastoral confiere. El cuadro de la Iglesia presentado

CAM	Camerún (14.XI.77), <i>DC</i> , 74 (1977) 1008-1009.
ESC	Escandinavia (2.V.77), <i>DC</i> 74 (1977) 508-510.
EUA	Estados Unidos de América (20.VI.77), <i>Ecclesia</i> , 37 (1977) 959-961.
FRC	Francia-Centro (26.III.77), <i>Ecclesia</i> , 37 (1977) 531-533.
FREC	Francia-Centro Este (20.VI.77), <i>DC</i> , 74 (1977), 601-604.
FRM	Francia-Mediterráneo (5.V.77), <i>DC</i> , 74 (1977) 453-456.
FRN	Francia-Norte (28.III.77), <i>DC</i> , 74 (1977) 354-356.
FRO	Francia-Oeste (17.III.77), <i>Ecclesia</i> , 37 (1977) 471-472.
FRP	Francia-Pirineos Medios (6.VI.77), <i>DC</i> , 74 (1977) 551-553.
FRPr	Francia-Paris (24.IX.77), <i>DC</i> 74 (1977), 801-805.
FRS	Francia-Suroeste (18.IV.77), <i>Ecclesia</i> , 37 (1977), 641-643.
GAL	Gales (7.IX.77), <i>DC</i> , 74 (1977) 950.
HOL	Holanda (17.XI.77), <i>Ecclesia</i> , 37 (1977), 1631-1633.
HUN	Hungría (14.IV.77), <i>Ecclesia</i> , 37 (1977) 638-639.
POL	Polonia (12.XI.77), <i>Ecclesia</i> , 37 (1977) 1565-1566.
POR	Portugal (13.VI.77), <i>Ecclesia</i> , 37 (1977) 865-866.
RUA	Ruanda (25.IV.77), <i>DC</i> , 74 (1977) 507-508.
SG	Provincias eclesiásticas de Sevilla y Granada (11.XI.76), <i>Ecclesia</i> , 36 (1976) 1667.
TCH	Checoslovaquia (19.III.77), <i>Ecclesia</i> , 37 (1977) 473.

Otras siglas utilizadas son:

DC	<i>La Documentation Catholique</i> , 74 (1977).
EN	Exhortación Apostólica <i>Evangelii Nuntiandi</i> (8.XII.75).
DCS	<i>Discurso de Clausura del Vº Sínodo de los Obispos</i> (29.X.77).

Todos los textos se citan preferentemente por la versión castellana publicada en *Ecclesia*. Si el discurso no se ha recogido en esta publicación, se acude a *La Documentation Catholique* (DC).



por el Papa trasciende los elementos concretos que han ayudado a componerlo, y contiene una interpretación y un comentario *autorizados*. Aquí radica el valor principal de estos numerosos documentos, que no deben pasar desapercibidos al pueblo cristiano, y a los que tienen el oficio de cultivar la teología.

Los mensajes son muy diversos en extensión y densidad de ideas. Los primeros en el tiempo, que responden a las visitas de noviembre y diciembre de 1976, destacan por su brevedad y tenor sencillo. La amplitud aumenta a partir de marzo de 1977. Una gran precisión en el análisis y una notable riqueza de nociones acompañan generalmente a la mayor extensión. Ejemplos destacados de este tipo de mensajes son los dirigidos a los obispos de las regiones eclesásticas de Francia, y a los obispos holandeses. Aunque nunca sobrepasan lo razonable, estos discursos pueden considerarse largos, en su género. Suelen detenerse en tres o cuatro puntos fundamentales, pero consiguen presentar admirablemente la imagen completa, y valorar la situación, de la Iglesia local a la que se dirigen.

Estas páginas desean proporcionar una visión de conjunto. Tienen en cuenta, por tanto, el denominador común de los asuntos que se contienen en las palabras del Papa. Se detienen poco en Iglesias concretas, aunque consideran algunas de modo especial cuando su situación es paradigmática en temas determinados. Este método resulta, por otra parte, homogéneo con la naturaleza, modo de composición, y técnica expositiva de los discursos papales. Presentan estos una gran unidad de propósito, y apenas contienen repeticiones. Con frecuencia, el Papa se remite en unos a lo que ha dicho en otros. Cuando un mismo tema aparece tratado en diversos mensajes, se aprecian siempre matices y consideraciones específicas que nunca hacen supérflua la lectura.

El cumplimiento de la obligación canónica asociada a la visita *ad limina* ha desbordado en los últimos tiempos una connotación simplemente jurídica, para acentuar con singular vigor el sentido antiguo, nunca perdido, de peregrinación religiosa *para ver a Pedro*. Las visitas del último año



han significado particularmente, en los gestos y palabras que las han acompañado, un homenaje vivo de los diversos episcopados a la persona del Papa Pablo VI. Los saludos episcopales indican la disposición de obediencia, veneración, y solidaridad que la Cátedra de Pedro podía esperar de los obispos en una hora de inquietud. Traducen los sentimientos de quienes, al ejercer su responsabilidad de Pastores, están con el Papa y cierran filas en torno suyo¹.

Las palabras dirigidas a Pablo VI por el Cardenal Suenens en nombre de los preladados belgas son un buen ejemplo de esta actitud de cariñoso reconocimiento. “Nos sentimos especialmente contentos —dice— de ser recibidos en este momento por el Sucesor de Pedro, y de expresarle nuestros sentimientos de filial y fraternal gratitud por todo lo que ha hecho y hace hoy por la Iglesia de Dios en este mundo alborotado...

“Deseamos ahora simplemente decirnos nuestras esperanzas y nuestra fe en el futuro de la Iglesia, que conoce a la vez un Viernes Santo y los rayos de la aurora pascual... Deseamos expresaros nuestra comunión con vuestros cuidados, dolores, y alegrías... Queremos decirnos con la Liturgia, “Deus conservet eum et vivificet eum et beatum faciat illum in terra”.

“Sí, Santísimo Padre, nosotros pedimos para Vos la beatitud anticipada, el gozo, y la paz que el Señor ha prometido a los suyos, y que se sitúan más allá del torbellino del tiempo y la miseria de los hombres. Que ellas iluminen vuestros días, demasiado largos, y vuestras noches, demasiado

1. En el Angelus del 6.XI.77, Pablo VI explica a los fieles el sentido de las visitas *ad limina* con las siguientes palabras: “Estas visitas no llevan anejas ceremonias exteriores; por ello la ciudad casi no se percata de las mismas. Pero los fieles de Roma harán bien recordándolas y honrándolas, pensando en su significado y naturaleza. Roma sigue siendo el centro, el corazón del mundo católico, y estos visitantes cualificados, los obispos, son guiados por los itinerarios de la Iglesia, que todavía convergen hacia esta patria común, la así llamada Ciudad Eterna, en la cual ellos, con perfecto derecho, esperan y desean ver reflejada esta conciencia católica, ilustrada por la dignidad, por la cortesía, por el espíritu de sus ciudadanos, los miembros de esta Iglesia romana, la cual, como ya escribió, al principio del siglo II, el célebre obispo de Antioquía, Ignacio —posteriormente martirizado en Roma— *preside en la caridad*”. *Ecclesia*, 37 (1977), 1534.



breves, consagrados al servicio de una Iglesia que amamos y sigue siendo para los hombres de hoy —lo sepan o no— el sacramento del Reino de Dios que se edifica poco a poco en el dolor y la esperanza" (BEL).

Por parte del Papa, la viveza en la expresión de afectos es recíproca. Va unida a una característica nitidez en las recomendaciones y diagnósticos, así como a un justificado dramatismo en la exhortación.

Los mensajes papales se detienen sin excepción en el significado eclesial de la visita *ad limina*. Los obispos de todo el orbe católico se han dirigido una vez más a Roma para venerar la sepultura de los Apóstoles (TCH, ALE) y testimoniar su unión con el centro de la Iglesia (HUN), manifestar su adhesión al Sucesor de Pedro, proclamar, en fin, la comunión de espíritu y corazón con el Papa. El viaje de los obispos no sólo obedece a una "sabia norma" (CAM) recomendada por la costumbre y reforzada por el derecho. Supone una peregrinación real a las fuentes de la Iglesia, un encuentro vivo con los Apóstoles Pedro y Pablo (FREC), para confiar al Papa, con espíritu filial, alegrías y penas, ser confirmados en la misión de Pastores, y tomar nuevas energías en orden a la exigente labor pastoral (HOL). El encuentro romano de los obispos católicos con el Romano Pontífice subraya y anuncia la unidad visible de la Iglesia (ALE).

Los mensajes emplean un lenguaje claro y directo. Se escucha en ellos una voz orientadora, estimulante, y, cuando es necesario, juzgadora. No son discursos hechos para cumplimentar una formalidad. Son la palabra de quien tiene el deber de hablar y desea hacerlo. Esperada respuesta a unos Pastores de almas en situación difícil, que confiesan no saber cómo conducirse, en ocasiones, ante tantas y tan delicadas cuestiones como tiene planteadas actualmente la santa Iglesia (FRO). La voz papal quiere ser una ayuda para discernir el camino a recorrer a la luz del Evangelio (BEL).

Este planteamiento y tono de los discursos viene espontáneamente recomendado por la especial ocasión que constituye el año 1977. En él han tenido lugar la mayoría de las visitas *ad limina*, y se ha celebrado el V Sínodo de obispos. Está sobre todo muy reciente la decisiva Exhortación



Apostólica *Evangelii Nuntiandi* de 1975. Este documento suministra las coordenadas y los criterios interpretativos para leer correctamente el Concilio Vaticano II, y discernir con criterio cristiano el valor de opciones reformistas e impulsos evangelizadores que han precedido, acompañado, y seguido la celebración conciliar, y se han apelado a su autoridad. La exhortación papal de 1975 es sin duda el telón de fondo y la fuente próxima de los mensajes que van a ocuparnos.

II. PRESUPUESTOS

Los discursos papales hablan, como es lógico, desde y para la situación presente de la Iglesia universal. Sus presupuestos son, por tanto, bien conocidos de cualquier cristiano atento a los acontecimientos y circunstancias del momento. Parece útil, sin embargo, recordarlos sumariamente bajo el punto de vista y en los términos que, a veces, los mensajes adoptan.

Se impone en primer lugar la experiencia de una situación social y cultural particularmente reacia a aceptar sin crítica la fe cristiana. Existe una rebelión de la inteligencia que resiste la fe y sus consecuencias, o se muestra incluso beligerante contra ellas. Se ha renovado el enfrentamiento secular entre fe y razón que, artificial como es por naturaleza, se presenta en la práctica agresivo y poderoso.

Concepciones de la existencia distintas a las evangélicas apuntan a la disolución de lo cristiano, mediante una militancia clásica en su virulencia y nueva en sus métodos. Otras veces, estas visiones del mundo persiguen o proponen —por ingenuidad o maquiavelismo— imposibles compromisos.

Ante semejante estado de cosas, que el mero transcurso del tiempo podría muy bien acentuar, la Iglesia y los cristianos deben, por exigencias de su vocación y lealtad a sus principios, mantener en pie la esperanza y hacer derroche de serenidad. Esto les permitirá permanecer fieles a las promesas del Evangelio, reconocer con precisión los rasgos de la época que viven, y sobre todo no adoptar actitudes simplemente defensivas, que equivaldrían a una claudicación.



La gravedad del cuadro se refuerza por la delicada situación —de crisis, se dice— que atraviesa la Iglesia misma, empeñada generosamente en un programa de reforma abierto a numerosos riesgos y lento aún en resultados tangibles y positivos. Se habla con razón de empobrecimiento espiritual, caracterizado por defecciones, ausencia de fervor y desilusión. Tampoco faltan la acomodación al ambiente, el desinterés por las cosas y el servicio de Dios. La alegría parece haber abandonado muchos lugares y corazones cristianos. Se señalan asimismo dramáticas conmociones en diversos lugares del espacio católico.

Numerosos hijos de la Iglesia no viven las consecuencias de su fe. La fe misma ha dejado de ser para ellos un principio vivo y una señal que marque el rumbo de la existencia. Algunos cristianos quieren convertir la Iglesia en terreno de pugnas ideológicas o, ignorantes de su misión divina, desean verla instrumento al servicio de utopías o ideales terrenos sobre el mundo y la sociedad. No faltan quienes desvirtúan el contenido del Vaticano II, y prescinden arbitrariamente del magisterio anterior. Se acusa a veces el absentismo moral de algunos Pastores, que debieran estimular a los suyos con la palabra y el ejemplo.

Reconocida la enfermedad, valorados los síntomas, señaladas las causas, se trata de regenerar el clima espiritual en un esfuerzo que será prácticamente, en muchas ocasiones y lugares, una verdadera reconstrucción, una tarea de implantar la Iglesia otra vez.

En tercer lugar —y esto es determinante— a la Iglesia está patente con todas sus consecuencias el imperativo de predicar en su totalidad el Evangelio de Jesucristo, que es anunciar a Cristo, Dios y Hombre; que es hablar del Señor Jesús no sólo como Maestro sino como contenido fundamental de la religión predicada por El mismo hace veinte siglos.

Otras circunstancias palidecen ante esta consideración. Es un criterio que debe regir la actuación de la Iglesia y los cristianos. Determina el modo en que aquélla y éstos contemplan —observan— la realidad del mundo y de los hombres. Porque saben que el anuncio de Cristo es un dato sustantivo que hace nuevas las cosas; y que numerosos elementos sombríos de la escena humana adonde ese anuncio llega



con su virtualidad salvadora se revelarán aparentes, relativos y precederos.

Albergar catastrofismos no está permitido a un cristiano. El pensamiento que se detiene en consideraciones escatológicas para ennegrecer habitualmente la realidad temporal de las cosas —por preocupante que ésta llegue a ser— equivale con frecuencia a ignorancia, falta de fe, y confusión precipitada de esferas. Supone, sobre todo, la falsa premisa que ve en los cristianos una *gens lucifuga* que desconoce y teme las consecuencias de vivir en el mundo sin ser del mundo. Contiene hoy, en fin, un lamentable repudio, consciente o inconsciente, del Concilio Vaticano II, y una ausencia —a veces profunda— de discernimiento sobrenatural para advertir las sólidas vías de renovación que, por caminos diversos, Dios providente y misericordioso alienta desde hace años a beneficio de su Iglesia.

III. LOS TEMAS CENTRALES

El conjunto de los mensajes papales que vamos a considerar se ordenan en este trabajo por razones sistemáticas en torno a cinco ideas centrales. Son líneas fuerza o criterios determinantes que les confieren unidad temporal y temática, a saber: 1) *Afirmación de lo específicamente cristiano*. 2) *La Evangelización como tarea principal y perenne de toda la Iglesia*. 3) *La libertad de la Iglesia para llevar a cabo su misión anunciadora de la Palabra*. 4) *Importancia de la función y responsabilidad episcopales*. 5) *Promoción y sostenimiento de vocaciones al sacerdocio*.

Puede decirse que estas cuestiones resumen el interés y la mente de Pablo VI en el momento de dirigirse a los obispos católicos. Son puntos neurálgicos para la vida actual de la Iglesia, que aglutinan, ordenan, y contienen a los demás. Hay cuestiones adicionales que no llegan a perder sustantividad y reciben una mención en ocasiones extensa, pero se contemplan por lo general a través de las cinco ideas básicas.



1. LO ESPECÍFICAMENTE CRISTIANO

El asunto de la *identidad cristiana* es una constante de los discursos. La voz de Pablo VI se alza para afirmar que lo específicamente cristiano existe y debe mantenerse sin contaminación. Al hablar en este sentido el Papa es consciente de estar ejercitando un aspecto central de su función de confirmar en la fe a sus hermanos. Es función que le corresponde, como Sucesor de Pedro y Pastor de toda la Iglesia, "de guardar inalterable el contenido de la fe católica que el Señor confió a los Apóstoles" (EN, 65).

Los tiempos recomiendan de modo particular atender a la pureza de la doctrina, y presentar con nitidez las notas visibles de la comunión eclesial. "Deseosos de compartir vuestras alegrías y sufrimientos, vuestras dificultades, pero también vuestras esperanzas, queremos ayudaros a discernir lo esencial, y confirmaros en la fe" (FRC; Cfr. BEL).

Los discursos papales no son una investigación a la búsqueda de la identidad cristiana. La suponen conocida y simplemente la proclaman. "No olvidemos jamás que la levadura evangélica debe seguir siendo levadura, reconocible como tal y eficaz, mezclada con la masa, ciertamente, pero sin perder su carácter específico y su vigor" (BEL), así como el apóstol ha de conservar imperativamente su identidad de creyente (FRPr). De acuerdo con estas premisas fundamentales, el Papa hace un llamamiento patético a "profesar y vivir en su plenitud y en su pureza la fe católica".

"La fe —lo sabemos perfectamente— cualifica a la Iglesia, que al aceptarla responde como una esposa fiel a la Palabra del Señor. Cualifica también a cada uno de los miembros de la Iglesia, que encuentran en ella la primera e indispensable relación personal con "Jesús, que inicia nuestra fe y la lleva a la perfección" (Heb. 12,2)...

"Por medio del ministerio de la Iglesia son transmitidas esta fe y esta vida divina y en la comunidad eclesial encuentran su apoyo y su expresión litúrgica; pero se trata al mismo tiempo de una relación personal con Dios, de una participación personal en la vida de Cristo.

“Toda verdad de fe es testimonio del amor de Dios hacia el hombre, es verdad de salvación. Por esta causa, ninguna verdad revelada puede ser negada o sometida a interpretaciones reductoras, las cuales —sin duda— quieren permitir que se inserte más fácilmente la palabra de Dios en el horizonte limitado de la sabiduría humana, pero no corresponden al designio de Dios, que, en su misma trascendencia, sabe estar mucho más próximo y más íntimo al hombre.

“Es en la fe, vivida en su plenitud y en su pureza, en donde la Iglesia de los Países Bajos —el Papa habla en esta ocasión a los obispos holandeses— sabrá mantener y volver a encontrar su identidad católica: esta unidad en el espíritu, esta unión interior, sin las cuales sería ilusorio pensar que puede cumplir la misión que Cristo le ha confiado y de las que, más que nunca, tienen necesidad los hombres de hoy” (HOL).

Los discursos pretenden en su conjunto un cometido orientador respecto a la doctrina evangélica y la práctica de la vida según el Evangelio. Esta tarea de clarificación se ve urgida una vez más por la misma amplitud innata y tendencia expansiva que posee todo lo cristiano, por la naturaleza universal de su llamada generosa, y la grandeza de los horizontes que abraza.

La generosa apertura de la Iglesia a todo valor incipiente, a toda posibilidad noble, a toda esperanza, va acompañada de un saludable instinto de conservación que la ayuda, con clarividencia concedida por Dios y secular sabiduría, a reconocer el mal con prontitud y a denunciarlo sin ambages ni miedo a las consecuencias. Fiel, sin embargo, a su condición pacífica y afirmativa —trasunto del ser y obrar propios del Salvador del mundo— se limita generalmente —porque le basta— a proclamar una vez y otra su imagen y doctrina verdaderas.

A este afán se aplican las energías de Pablo VI. Recuerda a todos la importancia de confesar, y mantener, la recta doctrina evangélica como vínculo de unión con Dios, alimento del espíritu, y norte de la conducta (FRS). Esta doctrina salvadora protege a la Iglesia y a los cristianos individuales, a quienes impide disolverse en las cambiantes ideologías de cada tiempo (id.).



Importa por encima de todo la fidelidad a lo que es propio de los hijos de la Iglesia y les permite con razón, humildad y santo orgullo, llamarse católicos (ESC). Bajo ningún motivo puede el cristiano renunciar a la propia originalidad, pues ello equivaldría sencillamente a crear las fatales condiciones que en su momento le harían desaparecer como persona, devorado por ambientes que no conocen a Cristo o activamente le resisten.

Una falsa adaptación

La conservación de esta identidad católica se realiza en diferentes planos. Se encuentra, en primer lugar, la diferenciación respecto a las ideologías que se oponen a la visión cristiana de Dios, el mundo, y el hombre. Las consideraciones del Papa son aquí más bien de orden práctico que teórico. Es la conducta de ciertos católicos lo que provoca su comentario dolorido: "no vemos sin profunda inquietud —exclama— cómo algunos pueden pensar ...que es posible ser verdaderamente cristiano aun dando su adhesión a grupos cuyos principios de análisis y de acción derivan de una ideología incompatible con la fe cristiana" (FRP) ². No solamen-

2. Pablo VI enjuicia y censura con estas palabras la colaboración intelectual o práctica de algunos católicos con el Partido Comunista y otros grupos marxistas.—El Cardenal Marty, Arzobispo de París, se hacía eco, muy probablemente, de las palabras de Pablo VI, cuando el 19 de junio, en respuesta a una pregunta del periodista Pierre Charpy acerca de la eventual colaboración de católicos con el Partido Comunista, respondía lo siguiente: "un documento de la Conferencia episcopal (francesa) ha admitido en 1972 el pluralismo de los cristianos cuando no es contrario a la fe y a la verdad cristiana sobre el hombre. El Papa Pablo VI lo ha dicho igualmente en su carta al Cardenal Roy (*Octogesima Adveniens*, 1971). Hay católicos en diversos partidos de la mayoría y de la oposición (se refiere naturalmente a Francia)... En cuanto al comunismo, es cierto que algunos cristianos —voy al hecho— dicen que son comunistas y católicos, verdaderamente y al mismo tiempo. No pongo en duda su buena fe y su lealtad; y les respeto, como respeto a cualquier hombre. Estos son casos individuales, de personas que se encuentran en situaciones complejas. Algunos se adhieren al comunismo por motivos intelectuales, otros lo hacen por razones políticas. Otros católicos obreros han hecho la experiencia de un esfuerzo común en las fábricas o en un sindicato, y piensan que ayudarán mejor la causa de la justicia si militan en el partido comunista o se adhieren a él. Pero a unos y otros, yo digo esto: me parece, después de haber examinado la situa-



te es necesario recordar la dolorosa experiencia de muchos hermanos perseguidos a causa de su fe en lugares donde imperan las ideas y la praxis que uno contempla quizás con ingenua condescendencia o a las que se acerca incluso con espíritu de imprudente colaboración (id.). Es necesario también al cristiano coherente —a un nivel de actitud profunda— ser y permanecer crítico respecto a las ideologías ateas y a los medios de acción no evangélicos (FRS).

La identidad cristiana debe ser afirmada con seguridad en el diálogo evangelizador con el paganismo. Lejos de empobrecerse es así como el contacto de la Iglesia y los cristianos con ese mundo que nunca oyó hablar de Cristo adquiere sentido. Las ideas básicas fueron recordadas en la *Evangelii Nuntiandi*: “la Religión de Jesús —se decía— sitúa objetivamente al hombre en relación con el plan de Dios, con su presencia viva, con su acción; hace hallar de nuevo el misterio de la Paternidad divina que sale al encuentro de la humanidad. En otras palabras, nuestra Religión instaaura efectivamente una relación auténtica y viviente con Dios, cosa que las otras religiones no lograron establecer, por más que tienen, por decirlo así, extendidos sus brazos hacia el cielo. Por eso la Iglesia mantiene vivo su empuje misionero, e incluso desea intensificarlo en un momento histórico como el nuestro” (EN, 53).

Análogamente, el esfuerzo desplegado en buena hora por la Iglesia Católica para conseguir la unión de los cristianos exige la previa y permanente afirmación de lo específicamente católico. El imperativo ecuménico, advertido por la

ción —no sólo me parece, sino que estoy seguro— que existe una contradicción de principio. No se puede ser a la vez *buen* —insisto sobre *buen*— comunista y buen cristiano. Porque un buen comunista es marxista, y el marxismo es ateo por definición. Esta opción no entra, por lo tanto, en un pluralismo legítimo. El creyente pone a Dios en su vida privada y en su vida pública. No puede dejar a Dios en el guardarropa cuando ingresa en un partido político. El partido comunista —he leído hace poco una declaración— ha dicho además ya que hay incompatibilidad entre la fe católica y la filosofía marxista” (Cfr. DC, 1977, p. 614-15). Consideraciones análogas, a nivel de principios, se contienen en la *Declaración del Consejo permanente del Episcopado francés*, titulada “Le Marxisme, l’homme et la Foi chrétienne” (30.VI.77; DC, 1977, 684-690) y en la *Nota de la Comisión episcopal francesa del mundo obrero*, “Foi et marxisme en monde ouvrier” (4.VII.77; id. 690-696).



Iglesia con providencial claridad en la hora del Vaticano II, mantiene su vigencia, dado que la "división de los cristianos constituye —entre otras cosas— una situación de hecho grave, que viene a cercenar la obra misma de Cristo" (EN, 77). La plena confesión de la fe evangélica por parte de la Iglesia no sólo no será un obstáculo para la tarea ecuménica, sino que constituye precisamente la condición que confiere al ecumenismo su vitalidad y razón de ser. Es la misma presencia cercana de hermanos separados y acatólicos lo que debe ayudar más a los hijos de la Iglesia a tomar conciencia de la identidad de su fe y de su misión (FRP).

Por la misma razón, y en otro orden de cosas, no debe confundirse la *adaptación* del mensaje evangélico con su *disolución*. La doctrina de Jesús que la Iglesia predica y los cristianos confiesan es un credo enterizo y coherente. "Hay que adaptarse, esto es indudable, ya se trate de la presentación de las verdades, de los ritos litúrgicos, etc. Pero el mensaje que debe ser adaptado es único, y no puede ser ocultado ni traicionado. Sólo hay una fe y una Iglesia" (RUA). "A todos debemos anunciar el Mensaje, sin que jamás el carácter progresivo de la presentación o la adaptación del lenguaje impliquen una incoherencia con la doctrina auténtica. Nada ganaremos construyendo con materiales defectuosos. Y debemos encontrar los medios para conseguir que el Evangelio se oiga valientemente y con claridad, allí donde tantas voces extrañas inculcan de mil maneras otros mensajes humanos" (FRC).

Estos principios de fidelidad y oportunidad, que permiten a la Iglesia integrar armónicamente los *nova et vetera* de que habla el Evangelio (FREC), han de operar especialmente cuando los cristianos —Pastores, teólogos, etc.— buscan presentar con lenguaje renovado las enseñanzas evangélicas, y cuando la Iglesia se implanta en nuevas culturas que hasta el momento desconocían el Cristianismo.

La aventura de encontrar nuevos términos y categorías para reformular la fe secular de la Iglesia es una empresa difícil y arriesgada. Conviene saber que, realizada sin discernimiento, con prisas, y sin motivos seriamente justificados,



degenera fácilmente en una proliferación de gnosias que disuelven u ocultan la fe (id. 602) (3).

Debe la Iglesia, a pesar de todo, emplear cuantos medios de intelecto y cultura tiene a su alcance para presentar su mensaje salvador de "una manera comprensible y persuasiva" (EN, 3). Por este motivo necesita la fidelidad y el trabajo de los teólogos, profesores, e investigadores de la ciencia sagrada, que se esfuercen por lograr una leal comunión con sus Pastores y la Santa Sede (BEL; Cfr. FREC).

Las exhortaciones a los obispos franceses de la región Centro-este vienen a ser un eco de otras palabras contenidas en la *Evangelii Nuntiandi*: "Doctores, ya seáis teólogos, exegetas, o historiadores: la obra de la evangelización tiene necesidad de vuestra infatigable labor de investigación, y también de vuestra atención y delicadeza en la transmisión de la Verdad, a la que vuestros estudios os acercan, pero que siempre desborda el corazón del hombre porque es la Verdad misma de Dios" (n. 78).

Culturas y Evangelio

Interés y trascendencia especiales revisten la encarnación del Evangelio en el modo particular de ser y existir de un pueblo determinado. No es ésta una cuestión reciente para la Iglesia católica, que con motivo de predicar el Evangelio ha mantenido siempre una relación fecunda con numerosas culturas y civilizaciones. Todos los pueblos que se han hecho cristianos han conservado su idiosincrasia y sus normales peculiaridades. Con frecuencia se han derivado asimismo para la Iglesia expresiones y modos enriquecedores de la forma de su mensaje. La semilla evangélica ha dado prueba fehaciente de su fuerza asimiladora y de su capacidad única para arraigar en medios distintos, no sólo indemne en su pureza y vitalidad sino fortalecida y accidentalmente mejo-

3. Pablo VI se ha referido en numerosas ocasiones a las dificultades y límites de los términos nuevos para expresar correctamente las verdades dogmáticas. Respecto a la transubstanciación, por ejemplo, lo ha hecho en la Encíclica *Mysterium fidei* (3.IX.65).



rada en lo humano con los recursos propios de la tierra donde crecía.

Este fenómeno continuo de encarnación es una de las facetas de la universalidad y asombrosa fecundidad de la Iglesia católica. No resulta de una dispersión de la Iglesia sino precisamente de la nota divina de su unidad. "Guardémonos bien de concebir la Iglesia universal como la suma o, si se puede hablar así, la federación más o menos anómala de Iglesias particulares esencialmente diversas. En el pensamiento del Señor es la Iglesia, universal por vocación y por misión, la que toma raíces en la variedad de terrenos culturales, sociales, humanos, y recibe en cada parte del mundo aspectos y expresiones externas diversas" (EN, 62).

La Iglesia es consciente de que la relación entre Evangelio y culturas es una de las cuestiones decisivas de nuestro tiempo. Y la afronta no sólo para facilitar la recepción del mensaje evangélico según términos y cauces familiares a quienes oyen, sino también para sanear, en la medida de lo posible, la situación de apatía religiosa y frialdad *civilizadora* que penetra a millones de hombres.

Dado que el Evangelio y el reino que éste anuncia son vividos por hombres naturalmente vinculados a una cultura, la predicación deberá tomar de ella los elementos necesarios, aunque como es lógico el Evangelio se mantenga en último término independiente y distinto respecto a cualquier forma cultural. En todo caso, compete a las Iglesias particulares en unión con la Sede de Pedro la "función de asimilar lo esencial del mensaje evangélico, trasvasarlo, sin la menor traición a su verdad esencial, al lenguaje que sus hombres comprenden y anunciarlo después en ese mismo lenguaje" (EN, 63; cfr. n. 20).

Guiada por el Espíritu de Dios, la Iglesia continúa impulsando el proceso histórico que la lleva, sin precipitación y sin retrasos, a tomar cuerpo en nuevos ámbitos geográficos y culturales, a los que entregue la fe y la gracia, y de los que reciba elementos para proseguir allí mismo y en otros lugares su tarea evangelizadora.



La fe y la esperanza no ocultan, sin embargo, lo arduo de semejante empresa. Pablo VI, que recuerda con gozo a los obispos polacos el hecho de que la fe católica ha originado y preservado la identidad cultural y nacional de su nación (POL), habla asimismo de las dificultades que habrán de superarse para implantar el Evangelio en el continente africano (RUA). Suscitar o consolidar una nueva civilización que sea a la vez africana y cristiana “no puede ser empresa fácil. Exigirá fe, prudencia, y un período de tiempo proporcionado a la magnitud del propósito. Esto supone que la fe sea verdaderamente asimilada, formulada en los términos apropiados, pero sin perder nada de su vigor específico, de su naturaleza como don gratuito de Dios, que todos hemos recibido en Jesucristo, seamos europeos, africanos, o de otro continente” (AFR).

Criterios de identidad cristiana

Mantener y fomentar la identidad de cristianos en la conducta exige a individuos y comunidades una verificación frecuente de su pertenencia a la Iglesia. Esta verificación —recomienda Pablo VI a los obispos franceses del norte— debe hacerse según los criterios objetivos establecidos en la exhortación *Evangelii Nuntiandi* (FRN).

Pueden considerarse y llamarse hijos de la Iglesia, según el tenor de este documento, las personas y grupos que “buscan su alimento en la Palabra de Dios y no se dejan aprisionar por la polarización política o las ideologías de moda...; evitan la tentación de la contestación sistemática y del espíritu hipercrítico, bajo pretexto de autenticidad y espíritu de colaboración; permanecen firmemente unidos a la Iglesia local en la que se integran, y a la Iglesia universal, evitando así el peligro, muy real, de aislarse, de creerse la única Iglesia de Cristo, y finalmente, de anatematizar a otras comunidades eclesiales; guardan una sincera comunión con los Pastores... y con el magisterio que el Espíritu Santo les ha confiado; no se imaginan ser los únicos destinatarios o



agentes de la evangelización... y aceptan que la Iglesia se encarne en formas diferentes a las suyas; crecen cada día en responsabilidad, celo, compromiso, e irradiación misioneros; se muestran, en fin, universales, y nunca sectarios" (EN, 58).

En esta línea de pensamiento, pervade los discursos papales el anhelo de fomentar la unidad y el entendimiento mutuo entre cristianos de diferentes medios sociales. Primariamente, porque un signo de identidad cristiana es el amor y la comprensión recíprocos entre hombres a quienes las circunstancias de la vida y sus cualidades personales han hecho distintos. "Congregavit nos in unum Christi amor". El seguimiento de Cristo inaugura efectivamente no sólo una manera de vivir, sino una manera de vivir juntos. La preocupación del Papa se hace eco de los factores de enfrentamiento que una visión marxista del progreso social ha logrado introducir en las opiniones y conducta de algunos cristianos. Alude también *in obliquo* al carácter antievangélico de la lucha de clases. La unidad de los hijos de la Iglesia es el primer testimonio que el Señor demanda para sembrar en el mundo y en los corazones su gracia salvadora (FREC).

Pablo VI previene a los obispos franceses de la región pirenaica acerca de aquellos que "no saben abordar un problema, sea el que sea, ya concierna a la familia, la educación, o la vida profesional, sin colocarlo inmediatamente en un plano político y limitarse a esta perspectiva. Tal reducción que ya es criticable intelectualmente, es dañosa a la sociedad y abre el camino a numerosos sectarismos. Los cristianos deberían ser los primeros que denunciaran estos riesgos. Es por ello tanto más lamentable que ciertas personas y ciertos grupos dentro de la misma Iglesia, incurran en la tendencia de juzgar las cosas desde un punto de vista esencialmente político" (FRP).

El Papa invita a evitar ghettos, y a fomentar con ese fin encuentros en el seno del pueblo de Dios que pongan en saludable contacto a cristianos de diferentes ocupaciones y mentalidades (FRN). Un llamamiento dramático parece re-



sumir las inquietudes de Pablo VI en este tema grave: “haced todo —dice a los obispos de Anjou y Bretaña— para que los cristianos de medios sociales distintos... aprendan a comprenderse, estimarse, acogerse, amarse, ayudarse, al poner en práctica la fe que les es común. La Iglesia no se mantendrá, ni dará testimonio, sino en la unidad y en el amor. Además, presta así un servicio capital a una sociedad que se deshace, que se endurece en sus divisiones... ¿No consiste vuestro oficio en reunir al pueblo de Dios?” (FRO).

Condición de unidad y garantía de permanencia a la Iglesia es para las Iglesias locales y los individuos una activa fidelidad a la Sede Apostólica.

La unión con el centro de la Iglesia es también el camino para la superación de cualquier crisis. “Durante los últimos tiempos —¡quién no lo sabe!— la vida de la Iglesia en vuestro país —el Papa se dirige a los obispos de Holanda— ha sufrido profundas perturbaciones, a pesar de las enseñanzas y las reiteradas llamadas de la Santa Sede, en el campo de la fe y de la moral, y también de la disciplina litúrgica y eclesial, acompañado todo esto de numerosas y dolorosas defecciones de sacerdotes que no han sabido permanecer fieles a sus compromisos. Pero hoy día la forma solemne y comunitaria que adquiere en esta visita la expresión de vuestra fidelidad, constituye para Nos un motivo de confianza más particular y más firme. Esta visita nos demuestra, en efecto, que la Iglesia de los Países Bajos quiere permanecer ‘fundada sobre la solidez de la piedra apostólica’ (cfr. Oración de la misa de San León).

“Nos agrada a este propósito observar que la adhesión renovada a Pedro es también fidelidad a un aspecto fundamental de la historia misma, ya rica en fe y caridad activas, de la Iglesia católica en Holanda. Y tenemos la certeza de que de la misma manera que la valiente adhesión de vuestras comunidades a la Sede de Pedro ha suscitado en el pasado una magnífica floración de vida eclesial, de obras al servicio del pueblo, de vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras de las que toda la Iglesia católica ha sido a la



vez testigo y beneficiaria, así será también nuevamente en el futuro" (HOL).

Los discursos abordan en varias ocasiones el tema de las *instituciones cristianas*, como un modo —naturalmente no el único ni el más decisivo— de presencia de la Iglesia en la sociedad. La recomendación papal que estima positiva la existencia socialmente reconocida de asociaciones formalmente católicas podría parecer anacrónica a quienes no han advertido suficientemente, o no conocen, la gran variedad de posibilidades que se ofrecen a la Iglesia y a los cristianos para llevar al mundo la semilla evangélica. Si tiempo atrás no se concebía una presencia cristiana eficaz en la sociedad que no fuera la ejercida por organismos eclesiásticos, asociaciones oficialmente católicas, y actividades suscitadas y dirigidas a través de la misión jerárquica, estiman hoy muchos superado para siempre el tiempo de la presencia católica en cuanto tal.

Pablo VI se apresura a corregir este juicio, que lejos de expresar una adaptación de la Iglesia a nuevas formas sociales, encubre en realidad una cesión grave al pensamiento del laicismo, ya sea de tono socialista, o de tono liberal.

Sin perjuicio de las iniciativas que en uso de su libertad cívica promuevan los ciudadanos católicos en el campo de la enseñanza, la cultura, la economía, los medios de comunicación social, etc., será necesario que la Iglesia misma mantenga en la sociedad instituciones educativas, culturales, y asistenciales (FRO). Estas entidades cristianas habrán de esforzarse en serlo realmente, no sólo por su denominación, que será cuestión secundaria, sino por el espíritu y estilo evangélico que debe alimentarlas. Sería ingenuo negar la importancia de estos organismos y actividades católicos, que han de ser "signos de fe cristiana, fácilmente identificables, y discernibles por la gran masa de nuestros contemporáneos. Entre un despliegue pasado de moda y una intención de anonimato, hay que guardar el justo medio. *La lámpara debe brillar sobre el candelero* (Mt. 5,15). Mientras el mundo enseña sus realizaciones humanas, técnicas o culturales, la Iglesia no puede encerrarse en una vida subterránea" (FRPr).



Las obras cristianas actuarán como instrumentos eficaces de una Iglesia que libremente promueve la catequesis y la evangelización de sus hijos y de todos los hombres de buena voluntad que quieran acercarse a ella. Constituirán, sea cual sea su envergadura, una colaboración saludable y bienhechora a las tareas de todo poder público que persiga el bien común y respete la libertad. Bien entendido que estas asociaciones y entidades “no han de contentarse con llevar el nombre de católicas, sino que formarán a sus miembros en un sólido espíritu cristiano, y darán un testimonio eficaz y respetuoso ante los que no comparten sus convicciones” (BEL).

2. LA EVANGELIZACIÓN

La Evangelización ocupa un lugar muy importante en los mensajes pontificios. Pablo VI no se cansa de insistir en la trascendencia del *nudo anuncio* de la fe, que es precisamente junto con la administración de los sacramentos, y especialmente de la Sagrada Eucaristía, la vocación última de la Iglesia universal para todo tiempo. También en este 2.º aspecto los discursos son un eco fidedigno y amplificado de la *Evangelii Nuntiandi*.

El Papa piensa que después del Concilio Vaticano II y gracias a él, la Iglesia católica se encuentra en “inmejorables condiciones” para proclamar el Evangelio y llevarlo al corazón del hombre, con “convicción, libertad de espíritu, y eficacia” (EN, 4). La Iglesia toda es consciente al mismo tiempo que la presentación de la Palabra no es para ella una tarea meramente facultativa: “está de por medio el deber que le incumbe, por mandato del Señor, con vistas a que los hombres crean y se salven” (id., 5). Siempre la Iglesia y solamente la Iglesia. Es decir no se evangeliza sin la Iglesia, y mucho menos contra ella. Hay un nexo íntimo y necesario entre Cristo, la Iglesia, y la evangelización. “Es conveniente recordar esto —advierte el Papa— en un momento como el actual, en el que no sin dolor podemos encontrar



personas, que queremos juzgar bienintencionadas pero que en realidad están desorientadas en su espíritu, las cuales repiten que su aspiración es amar a Cristo pero sin la Iglesia, escuchar a Cristo pero no a la Iglesia, estar en Cristo pero al margen de la Iglesia. Lo absurdo de esta dicotomía se muestra con toda claridad en las palabras del Evangelio: el que a vosotros desecha, a Mí me desecha (Lc. x, 16)" (EN, 16).

En el marco de estas observaciones reiteradas se sitúa la consciente recomendación a evangelizar, dirigida de un modo u otro a todos los obispos. La evangelización *in recto*, en cuanto tal, en su carácter de anuncio típicamente religioso, no puede ser relegada bajo ningún pretexto a la categoría de cuestión accesoria o temporalmente marginal. Ha de mantenerse nítido el cometido que esa evangelización se propone: "si es cierto que debe interesarse necesariamente en la humanización de las estructuras, pretende más profundamente abrir las mentes al Evangelio y provocar en el corazón de las personas la pregunta fundamental de Cristo a sus discípulos: ¿quién decís que soy yo? El respeto y la autonomía de lo temporal y el fenómeno creciente de la secularización no deben hacer olvidar la necesidad de testimoniar explícitamente la fe" (FRN).

Este anuncio de la fe se apoya básicamente en la predicación viva y en el contacto personal. La *palabra* es indispensable, por más que caminemos, como suele repetirse mucho, hacia una civilización de la imagen. La comunicación de los contenidos de fe como la transmisión de toda verdad religiosa, se opera principalmente de persona a persona, de corazón a corazón. Debe evitarse en ese descubrimiento caritativo y pacífico de la verdad que se hace al otro, todo reduccionismo y toda simplificación (FRPr).

La Iglesia sabe, y los cristianos deben saberlo también, que cuando anuncia con claridad y entereza su palabra salvadora no hace ofensa a nadie, no minusvalora a comunidad religiosa alguna, no busca herir ningún sentimiento. Al contrario, tal modo de actuar, lejos de constituir un atentado contra la conciencia y libertad religiosas de individuos



o grupos, es un homenaje a esa libertad, que se ve interpelada para la elección de un camino que incluso los no creyentes, si son hombres de buena voluntad, pueden estimar noble y excelente (Cfr. EN, 80).

El hecho de que la verdad salvadora y desinteresada que la Iglesia predica sea en ocasiones recibida con hostilidad y endurecimiento, así como la pérdida frecuente del sentido religioso de tantos hombres y el derrumbamiento de sus criterios objetivos de conducta, no justifican el decaimiento de los cristianos en su misión evangelizadora. Más bien hacen todavía más urgente y necesario, si cabe, el desarrollo de esa tarea. "Cuanto más se critican en el mundo actual los principios morales primarios y se discuten las normas de rectitud —dice Pablo VI a los obispos de Austria— más fuerte y vehementemente debe ser anunciado el Evangelio de Jesucristo en su totalidad" (AUS).

Tampoco debe impresionarse el cristiano por las dificultades que se levantan en algunos ambientes contra la difusión del Evangelio. En su esfuerzo anunciador de las luces y los dones de Dios debe dejarse penetrar por el sensato y esperanzado optimismo que el Señor infundirá en su corazón. La Palabra de Dios es un absoluto ante el que palidecen dificultades, se confunden cálculos humanos, y se volatilizan previsiones temporales. "La Palabra de Dios es el mensaje que proclamamos —exhorta el Papa a los obispos norteamericanos—; es el criterio de nuestra predicación; es luz y dirección para las vidas de nuestras gentes. No tenemos esperanza fuera de la Palabra de Dios. Al margen de ella no existen soluciones válidas para los problemas de nuestro tiempo" (EUA).

Parece que la atención y el interés papales se detienen más en el contenido que en la forma o el modo de la evangelización. En base a la letra y al espíritu de la *Evangelii Nuntiandi* se recomienda ciertamente la búsqueda de caminos que faciliten la exposición de la Palabra según las cambiantes circunstancias de tiempo, lugar, y cultura. La evangelización plantea siempre un desafío a la imaginación y los recursos intelectuales de los cristianos comprometidos en ella.



Pero importa ante todo no dejarse absorber por la búsqueda exhaustiva y quizá interminable de modos posibles para implantar el Evangelio, en perjuicio de las acciones concretas y sencillas que *hic et nunc* lo hagan llegar a los corazones y mentes de quienes rodean *de hecho* al predicador. Se recomienda por tanto un cierto y saludable actualismo evangelizador; se pide al cristiano la apertura al instante que puede y debe resultar momento salvador para otro hombre.

Concebir métodos y esquemas evangelizadores no es todavía evangelizar. Evangelizar no es preparar la evangelización desde lejos. Es efectuarla realmente, mediante el testimonio y anuncio actuales, en estilo directo, de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. "La evangelización debe contener siempre... una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios" (EN, 27). Incluye asimismo la noticia del más allá como vocación profunda y definitiva del hombre; se dirige a implantar la Iglesia; y contiene una interpelación divina a la vida concreta, personal y social del hombre.

La Catequesis

La Iglesia se considera y conoce a sí misma en su doble aspecto de evangelizadora y evangelizada. No solamente desempeña su misión de ser luz, levadura y sal de la humanidad, sino que se dirige continuamente a sus propios hijos para que progresen en el conocimiento de su vocación cristiana y la vivan con creciente fidelidad. Ahí está como muestra de esta maternal solicitud la atención y cuidados que desde los albores cristianos ha dedicado a la catequesis de la fe.

Esta actividad de singular importancia pretende ante todo enseñar la doctrina. Se trata de transmitir "algunas formulaciones fundamentales que expresen clara y correcta-



mente las verdades cristianas de la fe y de la doctrina moral. Estas fórmulas, una vez aprendidas de memoria, favorecen notablemente el conocimiento estable y seguro de las realidades sobrenaturales” (DCS, DC, 74 (1977) 964).

Pero la catequesis busca también educar las costumbres, e inculcar paulatinamente los hábitos virtuosos que constituyen el retrato humano y espiritual de la persona cristiana. Debe por tanto comenzar pronto en aquellos que han recibido la vida de la gracia. Sería un error no hacerlo así, por el hecho de que en ocasiones sus frutos se vean sofocados en la adolescencia o la edad adulta por un clima de indiferencia o incredulidad. Pablo VI hace notar a los obispos franceses de la Provenza la debilidad de esta eventual objeción. “El niño —dice— está capacitado de manera privilegiada para escuchar el Evangelio, para acomodar a él su vida, y hacerlo con gran generosidad. Si no ha recibido eco alguno y no ha tenido ninguna experiencia del mensaje evangélico, exigente y entusiasmante, cuando su espíritu y su corazón se abren al mundo, al amor filial hacia los padres, a la amistad, a la acción, ¿pensáis que su vida adulta podrá integrar fácilmente el dinamismo de la fe? La impronta primera reviste importancia capital, o dicho de otro modo, el primer llamamiento de la gracia será siempre susceptible de un despertar” (FRM).

Preocupa especialmente al Papa que los obispos cuiden la formación de catequistas aptos, y que estos desempeñen con “ciencia, fidelidad, y valentía” su actividad de testimonio, anuncio, y recuerdo de la Palabra.

“El reciente Sínodo de Obispos —leemos en la exhortación a los prelados de Holanda— nos ha confiado la preocupación de que la catequesis no constituye siempre, en la práctica, un anuncio fiel de la verdad católica, Entre las propuestas que nos ha dirigido se puede leer, en efecto: “Existen en nuestra época catequistas que no enseñan las verdades cristianas íntegramente. Lo mismo se puede decir de algunos autores de libros relacionados con la catequesis. Lo cual, con razón y derecho, causa preocupación. La inquietud se torna mayor cuando se contempla que sobre las



verdades esenciales relativas a la fe o a las costumbres se deja caer el silencio (n. 10)"...

"Nos, pues, nos dirigimos a vosotros con confianza, esperando que el esfuerzo que habéis emprendido para devolver a la catequesis su rostro auténticamente católico se vea rápidamente coronado por el éxito y que la Iglesia de los Países Bajos pueda ser presentada como ejemplo de renovación en la fidelidad deseada por el reciente Sínodo. Y por vuestra mediación, nos dirigimos a todos los catequistas de vuestras diócesis. Deseamos hacerles llegar nuestro afecto por su compromiso al servicio de Cristo y de la verdad" (HOL).

Religiosidad Popular

Un aspecto central de la evangelización que la Iglesia efectúa dentro de sí misma es la conservación, purificación, y elevación de la llamada *religiosidad popular*. Pablo VI la enjuicia decididamente como un fenómeno positivo que debe ser examinado con discernimiento y dirigido con respeto. En las palabras del Papa gravitan los criterios seculares católicos que han visto en la devoción popular el soporte, la consecuencia, y el inicio válido de una vida de fe adulta y plena. Está presente asimismo el deseo de evitar que una concepción falsamente elitista y un tanto gnóstica de la existencia según el Evangelio progrese en la Iglesia y resulte en desprecio teórico y práctico de amplísimos sectores del pueblo cristiano.

Pablo VI no solamente recuerda aspectos principales de la doctrina católica acerca del fenómeno religioso. Se constituye también, de acuerdo con su oficio de Pastor universal y padre común, en defensor de los débiles, *los pobres*, y los pequeños; y consiguientemente en crítico de los que son sabios a sus propios ojos.

Una vez más, los discursos parecen dar por supuesto lo enseñado en la *Evangelii Nuntiandi*. Se dice allí que "tanto en las regiones donde la Iglesia se halla establecida desde hace siglos, como en aquellas donde se está implantando, se descubren expresiones particulares de búsqueda de Dios y de la fe. Consideradas durante largo tiempo como menos puras



y a veces despreciadas, estas manifestaciones son hoy objeto de un nuevo descubrimiento” (n. 48). El Papa se detiene en los valores de esta religiosidad espontánea y sencilla. Se observa en ella —dice— “una sed de Dios...; hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe; comporta un hondo sentido de los profundos atributos divinos, como la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante; engendra actitudes interiores que raramente se observan en el mismo grado en quienes no la poseen: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, servicio a los demás, devoción” (n. 48).

Religiosidad popular no es aquí solamente la piedad cristiana sencilla o menos culta. El Papa se refiere también con esa expresión a los católicos vacilantes y remisos en la práctica consecuente de su fe. Misión pastoral de la Iglesia es atender a sabios e ignorantes, santificar más a los que ya viven su fe, y encender a los tibios. Este es el sentido de las palabras dirigidas a los obispos franceses del centro: “guárdemonos bien de desatender a los que tienen fe y la manifiestan de alguna manera, frecuentan la iglesia, piden los sacramentos, y desean catequesis para sus hijos, aunque su vigor apostólico e impacto en la sociedad no estén a la altura de lo deseable. Son la porción estable del pueblo de Dios con la que se ha de contar. Allí donde subsiste un resto de fe o de piedad hay gracia, y se trata entonces de iluminar, educar, y fortalecer” (FRC).

Es necesario por tanto evitar la tentación de atacar o ridiculizar las manifestaciones de esta piedad popular. Lo cual no equivale a ignorar sus limitaciones y omitir el esfuerzo oportuno y constante para purificarla y liberarla de elementos y adherencias que podrían bloquear en individuos y comunidades el camino de la madurez cristiana (BAV). El Papa recuerda en este sentido los límites de la “religión del pueblo”. Ha advertido anteriormente que está sujeta en ocasiones al peligro de la superstición, a mezclarse en exceso con lo meramente cultural, y a degenerar en sectarismos (EN, 80).

Alaba por ello la acertada conducta de las Conferencias episcopales que han sabido mantener y acrecentar en diversas manifestaciones de piedad popular su original sentido



religioso. Lo dice, por ejemplo, a los obispos bávaros: "nos felicitamos del conocido culto mariano practicado con tanto fervor por vuestros fieles. Prueba de ello son, entre otras cosas, las multitudes que afluyen al santuario de Altoetting, en la diócesis de Passau, y la consagración pública de vuestro pueblo a Nuestra Señora, patrona de Baviera" (BAV).

Semejante es el comentario referido a Lourdes: "habéis sabido conservar en el santuario mariano su significado primero, su nota evangélica. En torno al ejemplo de María Inmaculada y con su intercesión, esta peregrinación permite un resurgir de la fe, en la oración, la reconciliación con Dios, y el amor fraterno. La piedad popular puede desplegarse allí con soltura, a la vez que diferentes grupos encuentran sustancial alimento adaptado a sus necesidades espirituales" (FRP).

Ante las sacudidas del cambio indiscriminado, la corrupción de costumbres y mentalidades, y la extensión de la incredulidad, se trata de conservar o restaurar, en su caso, "las tradiciones cristianas que favorecen la vida espiritual y conservan todo su valor. ¿No comprobáis todavía la permanencia de un fondo de religión popular de cuyo abandono o desprecio hay que cuidarse mucho, y que es necesario, ante todo, educar y revivir?" (FRO).

3. LA LIBERTAD DE LA IGLESIA

El tema de la libertad religiosa de los individuos, que la Iglesia no quiere ver discriminados por la legislación civil a causa de sus creencias, se amplía en los discursos a la cuestión vital de la libertad para la misma Iglesia.

Por boca de Pablo VI, la Iglesia católica solicita una vez más el necesario espacio de libertad en la sociedad civil para desarrollar adecuadamente su misión espiritual. No desea privilegios. Se limita a pedir respeto en el ejercicio de los derechos que le asisten. Habla de sí misma y para sí misma. Pero al levantar su voz es consciente de contribuir a la consolidación de los derechos sociales de la Religión, que todo poder público debe acoger y respetar.



“Todavía hoy, muchos cristianos precisamente porque son cristianos o católicos, viven sofocados por una sistemática opresión. El drama de la fidelidad a Cristo y de la libertad de religión, si bien encubierto por declaraciones categóricas en favor de los derechos de la persona y de la sociabilidad humana, continúa”. Estas palabras de una alocución pronunciada en octubre de 1975 se citan en la *Evangelii Nuntiandi* y se continúan con las siguientes: “debemos constatar con tristeza que la obra evangelizadora de la Iglesia es gravemente dificultada, cuando no impedida, por los poderes públicos. Sucede, incluso en nuestros días, que a los anunciadores de la Palabra de Dios se les priva de sus derechos, son perseguidos, amenazados, eliminados sólo por el hecho de predicar a Jesucristo y su Evangelio” (EN, 50). A esta situación se refieren, por ejemplo, las “dificultades” en la acción pastoral mencionadas concisamente por el Papa en su discurso a los obispos de Berlín oriental (ALE).

No son circunstancias imaginarias, sino reales. No son ominosas predicciones para el futuro ni sucesos pretéritos. Ocurren en el momento presente. Parecen una respuesta negativa a la generosidad de la Iglesia que, en el Vaticano II de manera particular, ha dirigido su palabra y tendido su mano a todos los hombres de buena voluntad, luego de renunciar evangélicamente a toda traza y apariencia de poder humano y militancia ideológica. La sincera oferta de diálogo y colaboración ha sido recibida; pero en ocasiones ha encontrado incomprensibles resistencias, actitudes negativas, y revanchismos sectarios.

La Iglesia, madre y maestra, reitera su ofrecimiento de luz, orientación, y concordia. Exige asimismo la legítima libertad que a ella y a sus hijos corresponde. “Reconocemos hoy más que nunca —insiste Pablo VI— la urgencia del llamamiento en favor de la libertad de la Iglesia, a fin de que pueda llevar a cabo su cometido de educar en la fe cristiana a sus propios hijos. Desgraciadamente, en varios países el derecho de cada individuo a la libertad religiosa, el derecho de las familias a la formación de sus hijos, el derecho de las comunidades religiosas a la educación de sus miembros, son del todo suprimidos, o al menos injustamente ignorados. En este momento particularmente solemne, supli-



camos una vez más a los gobernantes de estos pueblos —por el bien mismo de sus propios países— que respeten el derecho de las personas y de los grupos religiosos a la libertad social y ciudadana en el ámbito de la Religión” (DCS, DC, 79 (1977) 964-65). Se trata de un derecho fundamental del hombre, cuyo ejercicio satisfactorio exige paralelamente la libertad de la Iglesia para predicar la fe siempre y en todas partes (TCH).

A propósito de esta cuestión no es supérfluo observar que la genuina libertad e incluso la supervivencia de las Iglesias locales no es posible sin una estrecha comunión con el centro de la unidad católica. “Como demuestra la historia, cada vez que una Iglesia particular... se ha desgajado de la Iglesia universal y de su centro viviente y visible, ha escapado muy difícilmente —si es que lo ha conseguido— a dos peligros igualmente graves: peligro, por un lado, de aislamiento esterilizador, y también, a corto plazo, de desmoronamiento, por separarse de ella las células igual que ella se ha separado del núcleo central; y por otra parte, peligro de perder su libertad, cuando desgajada del centro y de las otras Iglesias que le comunicaban fuerza y energía, se encuentra abandonada y sola frente a las fuerzas más diversas de servilismo y explotación” (EN, 64).

El tenor de estas consideraciones dramáticas y realistas, que recogen una larga experiencia histórica, era reconocido gozosamente por el Cardenal Bensch durante la visita de los obispos de Berlín Este: “nuestra visita manifiesta hasta qué punto, en nuestra situación, la Iglesia local necesita permanecer unida al Sucesor de Pedro, el Pontífice romano, principio visible y fundamento de la unidad de toda la Iglesia. Hoy damos gracias de lo que ponéis en práctica a favor nuestro, Santísimo Padre, del mandato entregado por el Señor al príncipe de los Apóstoles: Confirma a tus hermanos” (ALE).

Esta es en fin la exhortación que el Papa dirige a los obispos de Polonia. A pesar de circunstancias adversas, la nación polaca guarda su fe milenaria, y se aprecia en ella un alto nivel de robustez espiritual. Esta saludable energía cristiana se debe no solamente a que los polacos obedecen a sus Pastores, sino al hecho de que estos “se unen estrechamen-



te con la Sede Apostólica, que es la piedra sobre la que está edificada la Iglesia” (POL).

4. LA FIGURA Y EL PAPEL DEL OBISPO DIOCESANO

Los mensajes contienen un tratado sumario sobre el oficio y responsabilidad episcopales. Hablan de las cualidades y tareas que convienen hoy a un obispo católico. Este asunto constituye interés centralísimo del Papa, que diseña en conjunto el deseado perfil humano y sobrenatural de la persona que está al frente de una diócesis. No es un tema nuevo. Ha ocupado abundantemente la atención de Pablo VI, que ha puesto en todas sus exhortaciones al respecto acentos de patetismo, severidad, y ternura. Los vemos ahora reproducirse con particular intensidad.

Los discursos permiten ver una clara intención papal. Se trata de corregir el proceso en curso de fuerzas centrífugas que —a nivel diocesano y nacional— podrían ocasionar, dejadas a sí mismas, una cierta erosión en la imagen y funciones del obispo residencial.

Las tareas episcopales se sitúan en el marco de la función pastoral y santificadora que compete máximamente al Papa para toda la Iglesia y es compartida por los presbíteros, como colaboradores por antonomasia de los obispos.

“Unidos al Sucesor de Pedro, los obispos, sucesores de los Apóstoles, reciben, en virtud de su ordenación episcopal, la autoridad revelada. Son los maestros de la fe.

“A los obispos están asociados en el ministerio... los que por ordenación sacerdotal obran en nombre de Cristo...

“He aquí un rasgo de nuestra identidad, que ninguna duda debiera atacar, ni ninguna objeción eclipsar: en cuanto Pastores, hemos sido escogidos por la misericordia del Supremo Pastor, a pesar de nuestra insuficiencia, para proclamar con autoridad la Palabra de Dios; reunir al pueblo de Dios que estaba disperso; alimentar a este pueblo con los signos de la acción de Cristo que son los sacramentos; ponerlo en el camino de la salvación; mantenerlo en la unidad de la que somos, a diferentes niveles, instrumentos vivos y activos...” (EN, 68).



La exhortación específica a los obispos, sembrada en los discursos, no pierde sus rasgos firmes por esta circunstancia de composición. Las ideas y criterios determinantes son inconfundibles.

La función papal, ejercida a nivel universal con lucidez, sentido pastoral, y energía, se presenta como una pauta de lo que ha de ser la función episcopal a nivel diocesano: un punto fijo de referencia en momentos de seria inestabilidad. El Papa lo manifiesta sin paliativos. "Este oficio de Pedro reviste hoy una singular importancia. Hay tantos cambios violentos en las ideas, en la vida social, en la misma vida religiosa, tantas cosas que se ponen en tela de juicio, inquietudes más o menos justificadas, investigaciones, ensayos nuevos, tantas solicitudes y presiones de toda suerte, que es preciso retroceder a fin de ganar la perspectiva necesaria, situarse en el punto central de la Iglesia, y apoyarse sobre la roca de la Tradición viva para avanzar con seguridad por los nuevos caminos... Todo esto obliga al Sucesor de Pedro a estar más presente que nunca en vuestra vida apostólica —el Papa habla a los obispos franceses del norte—, para confirmar a sus hermanos en el episcopado en la firmeza que sus deberes en la Santa Iglesia requieren" (FRN).

Se invita paternalmente a los obispos a fomentar un santo orgullo por haber sido llamados a su alta función en tiempos críticos: "nos atrevemos a deciros: sentiros dichosos de ser obispos hoy en un mundo difícil, en un período exigente y agotador de la historia de la Iglesia" (FRO).

Hay que estar a la altura de las circunstancias desafiantes y delicadas, y de la propia vocación recibida de Dios. El obispo es "signo de la presencia salvífica de Cristo en medio de la *congregatio fidelium*. Signo que no puede ser opaco, sino transparente, testimonio inconfundible del misterio pascual" (SG). Todo recomienda la necesidad urgente de que el obispo viva antes que nadie su papel en la Iglesia con un espíritu de pacífica militancia cristiana. Esta militancia no significa violencia sino valentía. "El Pastor es el que acompaña a la grey, solícito por cada uno, pero tam-



bién es el que marcha en cabeza, para señalar valientemente el camino" (FRS).

Se le pide fidelidad a las enseñanzas y criterios del Concilio Vaticano II. Las recomendaciones conciliares permanecen todavía sin aplicación en numerosos lugares. Si el espíritu conciliar ha penetrado ya substancialmente la Iglesia de modo generalizado, se advierten aún dilaciones y desconfianzas. Al mismo tiempo, otro fenómeno contrario desarrolla sus negativos efectos. Es la conducta de quienes, llevados de un imprudente espíritu reformista han abusado sistemáticamente la letra y la intención conciliares, para terminar, con amargura y decepción, en un desprecio de las doctrinas y la disciplina que, sin comprenderlas, defendieron inicialmente con entusiasmo meramente humano.

Recibir el Concilio y aplicarlo sin prisa y sin pausa equivale simultáneamente a conservar y avanzar. El Vaticano II pone a nuestro alcance la genuina tradición de la Iglesia interpretada por la Iglesia misma. Dirigido por el Espíritu Santo, señala además las vías y los contenidos de una fecunda y necesaria renovación. Se abrazan en él, por lo tanto, fidelidad y apertura.

Custodia de la Fe

La mayor responsabilidad del obispo católico se refiere a la fe. Es un cometido que le define, y al lado del cual los demás adquieren un lugar relativamente secundario. La fe es el bien inicial más importante que se ha entregado a los cristianos. El obispo la custodia para él y sobre todo para los fieles. "Obispos católicos —habla Pablo VI al episcopado de Holanda— tenéis sin duda en la mente la exhortación ardiente que el apóstol Pablo dirige a Timoteo para que guarde fielmente el *depósito* que se le ha confiado (I Tim. 6,20; II Tim. 1,14) y desarrolle la labor evangelizadora activa e insistente que de allí deriva. La responsabilidad que, como obispos, tenéis en este campo es grande, y no puede ser delegada" (HOL, Eccl. 37, 1632). No compete a los teólogos y sacerdotes en el mismo grado de intensidad ni por el mis-



mo título que a los Pastores, aunque también aquellos han de sentirse solidarios, junto al obispo, en la misma tarea.

La complejidad y multiplicidad del trabajo que gravita sobre todo prelado no debe hacer olvidar que, a fin de cuentas, la "misión inequívoca es simple": anunciar el Evangelio, y consolidar o suscitar en cada ciudad, en cada medio, en cada grupo humano, comunidades de fe, oración, y caridad, que vivan el espíritu del Evangelio y lo propaguen (FRM). Es por eso vital "que los obispos den testimonio valiente de su fe y anuncien el mensaje de Cristo sin disminuirlo ni alterarlo en nada" (BAV).

El obispo debe colaborar con los demás hermanos en el episcopado, estudiar con ellos problemas y diagnosticar situaciones que les son comunes, formular asimismo orientaciones pastorales sobre cuestiones que afectan a la Iglesia en su conjunto. Lo hará normalmente en el seno de los organismos episcopales de ámbito regional, nacidos de las directrices conciliares. "Los problemas, a veces punzantes y angustiosos, ante los que se enfrenta cada uno de vosotros en su diócesis, no pueden resultar extraños a los Pastores de las diócesis hermanas, ni dejarlos indiferentes. Sabemos con qué diligencia tratáis de estudiarlos juntos para aconsejaros mutuamente y encontrar la solución que mejor responda a la voluntad del Pastor supremo, Cristo y al bien de las almas... Nos os alentamos a desarrollar este amor fraterno, premisa indispensable para la edificación de la Iglesia" (HOL). Pero el obispo sabe también que este trabajo común no le exonera de su propia responsabilidad en el gobierno solícito de la grey concreta que tiene encomendada (FRS).

Renovación personal

Pablo VI invita a los obispos a una renovación íntima. Su misión es principalmente de santidad. "Se os llama en primer término a un resurgir personal y espiritual. Esta visita *ad limina* puede consolidarlo. Conceded el primer lugar a la oración, una oración sencilla, según vuestras tradiciones locales, evangélica, ardiente, para pedir el Espíritu



de Dios, único que hace fecunda la obra de la Iglesia. Renovad también dentro de vosotros el sentido de la grandeza del ministerio episcopal... Ciertamente, vuestras fuerzas pueden pareceros desproporcionadas ante el inmenso trabajo a realizar, pero vuestra fuerza se apoya sobre la de Cristo resucitado que os envía" (FRM).

La vida espiritual del obispo es objeto de la exhortación a los obispos portugueses de las provincias de Lisboa y Évora. "No somos administradores en tiempos tranquilos y pacíficos, recuerda el Papa. Somos llamados a afrontar tiempos difíciles y cuestiones muy graves" (POR). Precisamente por esto, son los obispos quienes deben interrogarse a sí mismos los primeros acerca de su vida sacerdotal. "Es posible que nos haga falta recurrir a los ejercicios espirituales, consagrar algún tiempo a nuestra vida espiritual, y escrutar a la luz de Dios los fundamentos de nuestra acción pastoral. No hemos de olvidar nunca que nosotros, guías y maestros del pueblo fiel, debemos prioridad a nuestra propia vida interior" (POR).

Se enumeran acto seguido las características de la "santidad propia de los obispos", que se manifiesta en la oración "constante e intensa", el estudio de las ciencias sagradas, la asimilación de las normas y preceptos del Concilio Vaticano II, el anuncio a todos de la Palabra de Dios para llevarles a Cristo, y finalmente el sostenimiento de las obras vinculadas al magisterio de la Iglesia, como son "las escuelas, expuestas hoy a tantos peligros, y el Seminario, que es el corazón de la diócesis" (POR).

He aquí el ideal de santidad orante y activa que el Supremo pastor recomienda a los obispos de la Iglesia.

5. LOS SACERDOTES EN LA IGLESIA

La insistencia en la promoción y conservación de vocaciones sacerdotales es motivo fundamental en todos los discursos. Es un objeto prioritario en los deseos del Papa. Si los tiempos actuales pueden llamarse con razón la hora del laicado, deben ser también hora del sacerdocio. Las palabras



de Pablo VI acerca de las vocaciones, la formación, y las tareas sacerdotales en la Iglesia son válidas para toda época. Pero revisten gran importancia en el momento presente.

Se trata en primer lugar de afirmar sin equívocos las notas de la personalidad sacerdotal tal como es concebida por la Iglesia desde sus inicios. A esta cuestión determinante se reconducen todas las demás, que aunque puedan y quizás deban ser objeto de especial atención, no son las más decisivas. Hay síntomas de crisis y cuestiones secundarias que no son, por más que lo parezcan, el punto crucial a resolver o corregir. Ante las preguntas e inquietudes episcopales sobre la escasez de sacerdotes y las dificultades previsible a corto plazo para efectuar las necesarias sustituciones, Pablo VI sitúa la respuesta a un nivel distinto, más alto y a la vez más profundo.

El mensaje a los obispos del centro de Francia contiene una síntesis del pensamiento papal. La mente secular y prudente de la Iglesia parece razonar en sus palabras, dirigidas a hombres que han remontado ya gran parte del siglo xx. "Comprendemos que el relevo sacerdotal os inquiete cada vez más. El problema debe preocuparos seriamente, pero no hasta el punto de paralizaros o conducirnos a situar vuestra mirada y vuestras esperanzas en soluciones imposibles o ilusorias. Gracias a Dios, no es una dificultad generalizada en la Iglesia, y debe más bien considerarse temporal y superable. Hace falta, por tanto, estudiar todo lo que puede realizarse para solucionar al situación, según las pautas establecidas o confirmadas para el conjunto de la Iglesia universal.

"La hipótesis de recurrir en la Iglesia latina a la ordenación de hombres casados —continúa— no se ha juzgado oportuna, como sabéis bien, por las más altas instancias de la Iglesia, y con Nuestra aprobación, hace apenas 6 años. La Iglesia ha pensado que podía apoyarse en la gracia del Espíritu Santo y en la preparación de las almas, a fin de suscitar hombres totalmente consagrados al Reino de Dios. Es en esta dirección donde se nos pide trabajar. ¿Habéis calculado los riesgos de dudas, vacilaciones paralizadoras, abandonos, que puede producir o intensificar un replanteamiento público del celibato sacerdotal, aun como hipótesis? ¿Pen-



sáis verdaderamente que modificarlo sería una solución? ¿Acaso el problema crucial, lo que destruye las semillas de vocación, no es una crisis de fe, y quizás más aún el miedo, muy extendido entre los jóvenes, a un compromiso definitivo? ¿Y no véis que la cuestión se agudiza por la falta de cohesión, de claridad, de firmeza, acerca de la identidad del sacerdote de mañana, cuando en realidad esta identidad no ha cambiado y no puede cambiar? Es normal que los jóvenes quieran saber adónde van y qué género de vida será la suya. Recordad la perspectiva espiritual en la que vuestra generación e incluso la siguiente se han preparado para el sacerdocio. Traed nuevamente a vuestra memoria los textos tonificantes que les estimulaban, tales como la carta del venerado Cardenal Suhard sobre "El sacerdote en la ciudad". El Concilio Vaticano II ha completado este horizonte; de ninguna manera lo ha abolido. Proponer el papel del sacerdote en toda su grandeza y su urgente necesidad, con todas sus exigencias: he aquí a nuestro juicio la cuestión primordial" (FRC).

La luz de los principios permite dar su valor a cada hecho y circunstancias concretos, e iluminar el conjunto. Pablo VI lleva su razonamiento de lo coyuntural hasta el dominio de lo perenne. Recoge las inquietudes prácticas y asciende desde ellas hasta lo fundamental. Retorna luego al punto de partida para clarificar dudas y distinguir lo permanente de lo accesorio.

La función del sacerdote en la comunidad cristiana es absolutamente indispensable. El Papa expresa su preocupación ante la celebración de asambleas dominicales sin presbiteros en algunos lugares de Francia. Es un expediente que no contribuirá a la verdadera edificación sobrenatural de las comunidades que lo practican: "el papel del sacerdote permanece capital. El objetivo debe ser celebrar el sacrificio de la Misa, que es la verdadera y única realización de la Pascua del Señor" (FRC).

Poner en ejercicio los "inmensos recursos" del laicado sigue siendo una meta señalada en la Iglesia. Pero no significa en modo alguno que deba disminuirse la búsqueda de vocaciones al sacerdocio ministerial. "Los laicos no cum-



plirán adecuadamente sus funciones si no tienen cerca de ellos a hombres de Dios, consagrados por entero al Reino de Dios, a la animación espiritual, a la causa del Evangelio. ¿Habéis tomado las medidas más convenientes para despertar tales vocaciones y dispensar a los candidatos la exigente formación que se requiere? (FRO). El deseo de contar con un laicado maduro y emprendedor no debe hacer olvidar la urgencia de llamar sacerdotes y prepararlos bien (FRN).

Importa mucho que los Pastores se muestren muy solícitos en la atención y cuidado de sus sacerdotes. Esta es —entre todas— la exhortación más apremiante de Pablo VI. Está en su mente desde el mismo comienzo de las visitas *ad limina*. Es una consideración presente aun en los mensajes más breves. “No podemos deciros en estos momentos todo lo que deseáramos —habla a los obispos de la provincia eclesiástica de Santiago de Compostela (17-II-77)—. Pero sí queremos dejaros al menos una recomendación especialmente calurosa: cuidad con prioridad de vuestros sacerdotes..., ayudadles a mantener bien robusta su propia identidad, exhortadlos a acoger las preocupaciones de los seglares, sembrando en ellos la unión, y evitando cuanto pueda dividirlos. Y atended con mimo a las vocaciones” (*Ecclesia*, 37 (1977), 323).

Las palabras a los obispos de Polonia son todavía más explícitas: “en nuestro tiempo, más que nunca, es necesario que los Prelados favorezcan a sus sacerdotes, principalmente a los jóvenes; que los conozcan, que se acerquen a ellos, que los amen, y que les presten ayuda en sus dificultades. Esta misión paternal, por la que los obispos actúan como capitanes espirituales de los presbíteros, ayuda en gran medida a realizar, estrechar y favorecer la unión de mentes y corazones entre unos y otros, y a hacer más íntima la colaboración en el campo pastoral de toda la diócesis. Dicho en breves palabras, es necesario que todo miembro del clero diocesano se sienta conocido y amado por el propio obispo” (POL).

El obispo no debe limitarse a conocer a sus sacerdotes, como lo haría un directivo eficaz, preocupado por el rendi-



miento y la preparación de sus colaboradores. Ha de ayudarles, como un padre, a ser santos, “a entregarse a Dios, a encontrar la certeza de su vocación —ven y sígueme—, la profundidad de su consagración radical y exclusiva. El mundo busca razones para vivir en la opaca noche del materialismo contemporáneo. Los jóvenes recorren continentes a la búsqueda de guías que les conduzcan hacia un absoluto. Hoy, más que nunca, los obispos y sus inmediatos colaboradores deben ser hombres de Dios. Este es su carácter específico, su identidad profunda, la que los hombres consciente o inconscientemente, esperan encontrar en ellos. ¡La santidad del clero lo es todo!” (FRO).

La coherencia pastoral, la confianza en Dios, y el interés de la Iglesia exigen a los obispos anunciar sin vacilaciones la llamada al ministerio sacerdotal. Hay que hacerse eco de la voz de Dios y reiterar el llamamiento. “Es verdad que desde hace unos años, la noción del sacerdocio y de la vida consagrada se hallan, en algunos sectores de la Iglesia, cubiertos de una cierta niebla, provocada por investigaciones interminables y defecciones verdaderamente epidémicas. ¿Hay que desesperar? ¡En absoluto! Es en este contexto donde habéis de interpelar a los jóvenes de hoy para presentarles vosotros mismos el rostro, inmutable en el tiempo, del sacerdocio católico... ¡Existen tantos jóvenes capaces de entender la llamada! ¡Estáis persuadidos de ello!” (FRS).

El Papa quiere pensar en un futuro mejor precisamente para los lugares donde las necesidades y los problemas parecen más acuciantes. “Nuestro espíritu se alegra contemplando a la Iglesia que se beneficia en los Países Bajos de una nueva floración de vocaciones sacerdotales y religiosas.

“¿Se tratará de una utopía? ¡No! Nos tenemos confianza en el poder del Espíritu Santo que sopla donde quiere (Ion. 3,8), en el Señor que no abandona a su Iglesia. Y bajo esta perspectiva tenemos confianza en los jóvenes. Si los Pastores saben proponer claramente a los jóvenes el ideal exigente pero apasionante de Cristo, y si los jóvenes llegan a descubrir a la Iglesia como el espacio espiritual, superior sobre el aspecto social, de su encuentro personal con Cristo, la Iglesia de Holanda vibrará con una nueva juventud.



"Entre los jóvenes hay muchos que son puros, fuertes y generosos. Por amor de Cristo, y con la certeza de su ayuda, no se dejarán impresionar por las dificultades y las renunciaciones, compensadas de otro lado, por las innumerables riquezas que se contienen en el seguimiento del Señor Jesús" (HOL).

El curso de estas ideas lleva con frecuencia al tema de los lugares donde se efectúe de modo satisfactorio la formación de los candidatos al sacerdocio. Unas palabras a obispos franceses y holandeses resumen y ejemplifican lo que se dice en otros muchos mensajes: "estos jóvenes discípulos de Cristo tienen necesidad de lugares de formación. Todo el que se destina a una responsabilidad importante debe aceptar años intensos, incluso austeros, de universidad, escuela profesional, etc. El ministerio sacerdotal en particular no podrá jamás prescindir de centros específicos de formación espiritual, doctrinal, y pastoral" (FRM).

"Constituye ya para Nos un consuelo, y como una señal de renovación ver que este año, allí donde con nuestros alientos se ha hecho un esfuerzo por restablecer un seminario según las prescripciones del Concilio Vaticano II, el número creciente de los candidatos al sacerdocio ha permitido el desarrollo completo de los cursos. Que los jóvenes que se preparan para el sacerdocio, como igualmente los sacerdotes que les ayudan y orientan, sepan perfectamente que Nos los seguimos con afecto paternal y les alentamos" (HOL).

IV. A MODO DE CONCLUSION

Quien ha leído los discursos de Pablo VI que han ocupado nuestra atención, o haya simplemente recorrido estas páginas, ha podido apreciar que el contenido de las diversas exhortaciones no resulta nuevo. El Papa, en efecto, a través de numerosas intervenciones orales y documentos escritos, ha considerado ya estos temas durante los últimos años y ha retornado a ellos una y otra vez, e incluso los



ha desarrollado, en ocasiones, con toda la amplitud requerida. Los mensajes poseen, sin embargo, gran significación.

Lo decisivo estriba en que la solemne ocasión que los provoca, la presencia inmediata de los destinatarios directos ante el Papa, y especialmente la economía de palabras que exigen concentran en ellos un apretado grupo de graves recomendaciones cuya aplicación se estima imprescindible para el bienestar de la Iglesia. El Papa no soslaya cuestiones candentes. No emite juicios provisionales. No se limita a hacer sugerencias. Ciertamente, los discursos ponen de relieve una vez más la programática intención papal de que el gobierno de la Iglesia discorra principalmente por las vías de la persuasión pastoral, y la identificación profunda con la mente y los deseos de la Cabeza visible. Pero el Papa empeña su autoridad de Pastor Supremo. La exhortación que dirige a los obispos no pretende ser exhaustiva ni minuciosa. Resulta, sin embargo, precisa y suficiente para señalar un rumbo y ser entendida como un imperativo y urgente mandato religioso. Contiene una apremiante invitación a actuar.

Los conceptos se expresan con notable claridad. No queda lugar a equívocos o malentendidos. Los objetivos y directrices que se señalan nunca se proponen según un método expositivo de simetría que pudiera anularlos en la práctica, o en la atención misma del oyente. Aunque algunos asuntos aparecen como atraídos por otros que piden un esfuerzo en dirección distinta, no resulta en ningún momento un cuadro de oposiciones, sino de convergencias y síntesis. Se señalan los puntos neurálgicos y se conserva el panorama entero con toda su variedad.

Las exhortaciones son en su contenido de naturaleza apropiada para ser llevadas de inmediato a la vida cristiana de los fieles. El Papa piensa que el remedio de los males padecidos por la Iglesia, así como la prevención de crisis mayores o irreparables, radican en una escucha atenta y una ejecución obediente y oportuna de sus palabras.

En algunos casos, las palabras de Pablo VI pretenden crear las condiciones para que en un futuro a medio plazo sea posible una restauración de la salud o la normalidad



eclesial, allí donde las dificultades o retrocesos han sido más profundos.

Los mensajes están penetrados de esperanza cristiana. A pesar de su tono severo, quieren ser optimistas; no con el optimismo inconsciente y frívolo de quienes no han entendido la importancia de las cuestiones a resolver, e ignoran que la pelea de la Iglesia y los buenos cristianos se libra contra enemigos poderosos que resisten el Reino de Dios, sino con el optimismo que deriva de la fe teológica. El lenguaje de Pablo VI denota en ocasiones la actitud de quien no se hace a corto plazo excesivas ilusiones humanas. Pero su serenidad y tono alentador manifiestan la confianza en una próxima primavera, imprevista como suelen ser las primaveras espirituales, y sin embargo cierta y cercana.

No escapan a la mirada del Pontífice los elementos activos que por obra del Espíritu Santo operan en la Iglesia una renovación que el tiempo próximo no hará sino confirmar. Los acontecimientos no volverán a su punto de origen, ni las situaciones podrán ser las mismas. Es Dios, Señor de la historia, quien dirigirá los acontecimientos para enderezar el camino de los cristianos extraviados y conceder a su Iglesia la lozanía deseada.

Debe observarse finalmente que los mensajes papales que hablan a los obispos, se dirigen también a las Iglesias locales que estos presiden y gobiernan. Los cristianos son invitados a secundar las iniciativas que los prelados adopten para mejorar la situación espiritual y pastoral de las respectivas Iglesias. El presente y el futuro de la Iglesia se hallan en las manos orantes y activas de todos.